

Roberto Pinotti

ATLÁNTIDA

EL MISTERIO
DEL CONTINENTE
PERDIDO

OCULTURA

BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA



Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- Prólogo
- Introducción
- 1. La Atlántida de Platón
- 2. Consideraciones sobre los textos platónicos
- 3. Atlántida: otras fuentes clásicas y coincidencias inquietantes
- 4. Atlántida: datos geológicos y oceanográficos
- 5. Atlántida: datos biológicos y antropológicos
- 6. Atlántida: hacia los datos históricos
- 7. Atlántida: hacia su redescubrimiento
- 8. Las otras Atlántidas: de la tradición clásica sobre Merópide y Tirrénida a la oriental
- 9. Las otras Atlántidas: de Lemuria a Mu
- 10. El enigma del Pacífico: Hiva
- 11. Continentes perdidos y esoterismo: perspectivas tradicionales más allá del mito
- Apéndice
 - Ilustraciones
 - Cronología
 - Bibliografía
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La mítica Atlántida, que ha inspirado a filósofos y poetas de todas las épocas, ¿existió realmente o es solo una leyenda? El enigma de los continentes perdidos, sumergidos junto a sus avanzadas civilizaciones, hoy está más vivo que nunca. En este ensayo Roberto Pinotti devuelve la leyenda al ámbito de la realidad histórica y científica más allá de las reductivas hipótesis mitológicas y analiza el tema confrontando distintas fuentes, valiéndose de las aportaciones de numerosas disciplinas como geografía, oceanografía, geología, biología, antropología e historia. Sobre la base de investigaciones recientes, el autor avanza una tesis revolucionaria e inquietante: la avanzadísima civilización antediluviana, vivida en la Edad de Oro y sumergida por un probable cataclismo cósmico, también podría ser originaria de otros mundos. Tal vez el hombre vivió ya en el pasado más remoto su futuro más evolucionado.

Roberto Pinotti

ATLÁNTIDA



EL MISTERIO DEL CONTINENTE PERDIDO



Ediciones
Luciérnaga



BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA

*A Leonardo Bettini, un amigo
ciudadano del mundo
que buscaba al hombre del futuro
en los orígenes de la humanidad.*

Prólogo

Puede decirse con razón que no existe ninguna persona culta que no haya oído hablar alguna vez de la Atlántida, la enorme isla en el océano Atlántico, desaparecida con todos sus habitantes a raíz de una tremenda catástrofe geológica en los albores de la historia de la humanidad.

Las primeras noticias de la Atlántida proceden de los textos del célebre filósofo griego Platón, que vivió en el siglo IV a. C. Por eso el problema de la Atlántida tiene a sus espaldas más de dos mil años de historia. Durante este período se han acumulado un gran número de trabajos científicos y de obras literarias. Actualmente el número de volúmenes dedicados a este tema supera los dos mil, teniendo en cuenta que el índice bibliográfico de J. Gattefossé y C. Roux,¹ de 1926, ya registraba unos mil setecientos. La plurisecular historia de este problema y la rica literatura al respecto permiten con razón describirlo como *atlantología*.

Si escritores y literatos bien conocidos por el público (desde Arthur Conan Doyle a Pierre Benoît, desde Jules Verne a Alexei Tolstoi y otros) se sintieron atraídos por este tema, los científicos, desde la Antigüedad, han tenido una actitud muy contradictoria respecto a la Atlántida: algunos (la minoría) creyeron, sin discutir, a Platón; otros, en cambio, con mucho escepticismo, se han referido a la existencia de este enigmático continente o isla y han considerado la Atlántida como una fantasía del filósofo griego, concebida expresamente por él para apoyar y propagar sus opiniones político-sociales en una especie de novela.

Los defensores de tales puntos de vista extremos son muy numerosos, especialmente entre los comentaristas de las obras de Platón y entre los historiadores de la literatura

antigua. En la mayoría de los casos estas opiniones se basan en los aspectos filosóficos y estilísticos de sus textos. En general dichas posturas soslayan el análisis de la posible existencia de unos hechos reales que podrían estar en la base de la leyenda. Esto puede explicarse por el hecho de que el análisis en esta dirección excede los límites de competencias de los literatos y de los críticos literarios, rozando sectores de ciencias totalmente diferentes, donde los juicios sobre las cuestiones concretas suelen ser discutibles y los datos efectivos insuficientes. Tales son las opiniones de T. H. Martin, Riveau Chassan y muy especialmente las de E. Rohde.²

En el intento de sortear las numerosas dificultades, muchos han situado la Atlántida en los puntos más dispares del globo terráqueo, utilizando para ello, según la aguda observación de T. H. Martin, solo el compás de su propia imaginación. Por tanto, se encuentran hipótesis sobre la localización de la Atlántida en todos los lugares posibles, desde un polo al otro. Pero, como se verá más adelante, Platón indicó con bastante exactitud la posición de la Atlántida.

En general el problema de la Atlántida se caracteriza por el hecho de que los elementos susceptibles de servir para demostrar su pasada existencia, como dijo E. F. Khaghemeister, representan un conjunto de una gran cantidad de pequeños hechos y observaciones, cada uno de los cuales, considerado por separado, no tiene mucho significado y no puede considerarse un elemento probatorio indiscutible. El problema de la Atlántida es una especie de problema estadístico, constituido por un gran número de hechos minúsculos junto a los que se pasa sin reparar en ellos.

En consecuencia, un conocimiento unilateral de los materiales del problema conduce fácilmente al hipercriticismo. Pueden servir de ejemplo las afirmaciones de numerosos científicos eminentes que han abordado el problema desde el punto de vista de su especialización. Así, el cono-

cido estudioso inglés de problemas de geografía histórica J. Thompson³ afirma: «Los antiguos aceptaban las mistificaciones de los autores de utopías con mucha más naturalidad que nosotros».

Un investigador alemán de antiguas leyendas y tradiciones en tierras enigmáticamente desaparecidas, Richard Hennig,⁴ dice a propósito de la Atlántida de Platón: «Hay que admitir que la información de Platón es totalmente gratuita y no se sustenta sobre hechos positivos». El conocido historiador y lingüista soviético Yuri V. Knorozov afirma escuetamente: «En efecto, nunca ha existido ninguna Atlántida».

Estas conclusiones demuestran una vez más que el problema de la Atlántida no puede resolverse simplemente en base a una sola ciencia y sin una amplia referencia a los datos contemporáneos.

«La *atlantología* —observa el investigador italiano Leonardo Bettini—, solo puede fundarse en una investigación *interdisciplinaria*.»

La característica peculiar de la mayoría de los ensayos sobre la Atlántida, también de los más recientes, es su carácter étnicohistórico. Debido a la ausencia de restos concretos de la cultura de los atlantes, todos estos trabajos se basan fundamentalmente en lo que escribió Platón y en algunas leyendas que se refieren con mayor o menor fundamento a hipótesis a veces muy interesantes. Por tanto, el fundamento de dichos trabajos a criterio de científicos más bien escépticos es muy escaso. También porque al estudio de los problemas de la Atlántida en los países capitalistas se han dedicado ocultistas de todo pelaje, aportando elementos seudocientíficos y fantásticos.

La base principal del escepticismo respecto a la Atlántida, y especialmente a la leyenda de Platón, son dos circunstancias que atribuyen al problema un aspecto fantástico:

1. La localización de la Atlántida en el océano Atlántico, donde, según la opinión común, desde los tiempos más remotos solo ha habido océano.

2. La existencia en ella de una humanidad civilizada en un período en el que el resto del mundo se encontraba todavía como mínimo en el estado mesolítico, lo que no tiene precedentes en la historia de la humanidad ni encaja en ningún canon.

Así se explica también por qué la mayoría de los atlantólogos ha preferido soslayar las dificultades rechazando la esencia de la leyenda, la localización de la Atlántida en el océano Atlántico, situándola en su lugar en lugares diversos, y especialmente en las regiones mediterráneas.

En cambio, el problema de la Atlántida es en primer lugar un problema geológico, no étnico-histórico, y solo la definición de la historia geológica del océano Atlántico, junto a investigaciones oceanográficas en profundidad, puede resolver este enigma plurisecular. La tarea de los atlantólogos es mostrar lo que hay de verdad en las distintas fuentes, y entre ellas también la leyenda de Platón, y encontrar hechos y conjeturas convincentes a la luz de las distintas disciplinas científicas. No se puede definir como método científico exacto y objetivo el practicado a menudo por historiadores, literatos y lingüistas, ya que niega todo lo que se refiere a la Atlántida solo sobre la base del estudio unilateral de los textos de Platón.

El hundimiento de la Atlántida puede considerarse como un caso particular de variación del nivel del océano.

Si se descarta del examen en cuestión la hipótesis según la cual la elevación del nivel de las aguas se debió a fenómenos cósmicos (por ejemplo, la hipótesis del hielo cósmico, basada en la posibilidad de que hubieran caído sobre la Tierra satélites de hielo que antes giraban en torno a ella), entre las causas de variación del nivel del océano originario podrían enumerarse las siguientes:

- a) El relleno de las cuencas oceánicas por sedimentación.
- b) La variación cuantitativa de las cavidades oceánicas debido al alzamiento de las profundidades de la Tierra, o bien, al contrario, al hundimiento de rocas montañosas.
- c) La variación en la capacidad de las cuencas oceánicas a causa de variaciones tectónicas, es decir, de la elevación y el descenso del fondo del océano.

Al examinar estas posibilidades, V. V. Belousov escribe: «Debemos excluir el relleno de las cuencas oceánicas por sedimentación, porque el fenómeno tiene escaso significado, en cuanto el relleno en cuestión se produce simultáneamente a la flexión de la corteza terrestre con pequeñas variaciones de las profundidades marinas. También cabe atribuir un significado relativamente escaso, en los límites de los períodos geológicos próximos, a la variación cuantitativa de las aguas en los océanos. Subsiste la posibilidad de fenómenos tectónicos, es decir, de una variación general de la capacidad de las fosas oceánicas como resultado de movimientos verticales de la corteza terrestre». Así pues, la causa más verosímil de variación del nivel oceánico en un punto determinado del globo terráqueo serían los movimientos tectónicos. Y como los actuales descubrimientos de variación del nivel oceánico corresponden a la línea de contorno de casi todos los continentes, se puede hablar con razón de variaciones tectónicas generales que han provocado estos cambios, ya que las más recientes de estas variaciones tienen el carácter de hundimientos acaecidos en época relativamente reciente.

El conocido geólogo y oceanógrafo francés J. Bourcart⁵ escribe: «Todo nos lleva a concluir que el océano Glacial Ártico, el Atlántico y al menos una parte del Índico surgieron en un período muy "reciente" (en el sentido geológico de este adjetivo) y que siguen extendiéndose hasta ahora.

»El más antiguo de todos es sin duda el océano Pacífico, pero solo en su parte central [...]. La zona del arco de islas y hasta la plataforma de las Carolinas representan antiguas regiones continentales. Lo mismo puede decirse probablemente de la isla de Pascua. Pero también la parte central del océano Pacífico, aparentemente, sigue ensanchándose y hundándose actualmente».

Sin embargo, el reconocimiento de la posibilidad de cambios sustanciales respecto a la relación entre tierra firme y mar contrasta con las opiniones de una serie de geólogos sobre la naturaleza de las cavidades oceánicas, que son consideradas por ellos como los rasgos característicos, que siempre han existido, de la Tierra. Los representantes de esta escuela consideran que los cambios de los contornos oceánicos producidos a lo largo de los períodos geológicos, al ser insignificantes en general, solo se refieren a los detalles. Uno de los fundadores de esta escuela, B. Willis, dice: «Las grandes cuencas oceánicas son características permanentes de la superficie terrestre y existen tal como están hoy, con insignificantes variaciones de sus contornos, desde el primer momento en que surgieron las aguas».

Y, sin embargo, numerosos hechos contradicen estas opiniones, y su número aumenta cada año. Los geólogos soviéticos dan una valoración negativa a la teoría sobre la inmutabilidad de los océanos. «Esta hipótesis es antihistórica, niega cualquier desarrollo de la corteza terrestre y de sus relieves, y para nosotros es totalmente extraña e inaceptable. Entre los geólogos rusos no hay defensores de esta hipótesis metafísica —dice A. N. Mazarovic y, además, afirma—: La teoría de la inmutabilidad de los océanos es una teoría puramente estadística, profundamente antidialectica, que no responde a los datos efectivos actualmente presentes.»

K. K. Panov escribe al respecto: «La extensión del fondo oceánico no puede considerarse una característica de la superficie terrestre que ha permanecido inmutable estruc-

tural y morfológicamente desde sus orígenes y que solo ha cambiado en relación con los continentes, respecto al curso geológico del tiempo».

K. K. Markov resumió en dos breves frases el punto de vista de los estudiosos soviéticos sobre el problema del desarrollo de la corteza terrestre: «El aspecto de la Tierra se ha formado en un proceso de incesante desarrollo. No existen rasgos permanentes en él».

En los últimos años P. N. Kropotkin ha modernizado la hipótesis de la inmutabilidad de los océanos a través de elementos geofísicos nuevos. De hecho, formula la hipótesis de que, junto a las plataformas continentales y las regiones geosinclinales, también sean elementos de la tectónica de la corteza terrestre los fondos oceánicos con una profundidad de inmersión del orden de 5.000 m; según él las llanuras abisales estuvieron cubiertas de agua desde el principio y no sufrieron cambios. A la luz de esta nueva interpretación, se negaba a aceptar que las configuraciones actuales de los océanos hayan existido siempre, salvo en lo que concierne a las llanuras abisales (que probablemente verán reducidas sus ya modestas dimensiones actuales a raíz de la consideración de datos efectivos). En cualquier caso, también Kropotkin les atribuye hasta el 40 % de la superficie terrestre, cifra evidentemente excesiva. Así, por ejemplo, en el océano Atlántico las profundidades superiores a 5.000 m (las llanuras abisales de Kropotkin) no ocupan más del 30 % de su superficie (*Gran Enciclopedia Soviética*, vol. III, voz «Océano Atlántico») y las superficies cubiertas por sedimentos de origen terrestre no superan el 25 %. Pero desde el punto de vista de la hipótesis de las llanuras abisales no se excluye la posibilidad de que en el pasado existiera tierra firme donde hoy hay océanos.

La hipótesis de Kropotkin fue seriamente criticada por Belousov, que afirma que solo es admisible en el caso del océano Pacífico (y ni siquiera en toda su superficie actual),

pero que está en contradicción con los acontecimientos de la historia de los océanos Atlántico e Índico.

En contra de la hipótesis que considera los océanos como una entidad permanente y citando datos gravimétricos y sísmicos, intervino más tarde el geólogo inglés G. M. Lees,⁶ con una obra sobre la que vale la pena detenerse un poco. Lees afirma que la representación geofísica de la inmutabilidad de los océanos se halla en contradicción con las observaciones de la geología. Así, en muchos casos, las zonas de formación de pliegues de los continentes se advierten exactamente igual en los océanos, y sistemas complejos fruto de fases repetidas de compresión hacen improbable el hecho de que el fondo oceánico y los continentes en principio puedan experimentar procesos diferentes. Además, existen numerosos datos sobre las características de la corteza terrestre, tanto en el interior de los océanos como en sus bordes. Cerca de los sectores continentales se conocen gruesos sedimentos formados desde el período Cretácico, cuyo grosor a veces roza los 10 km, mientras que la anchura de dicha zona en varios casos alcanza los 100 km. El confín entre el continente y el océano se encuentra a una distancia desconocida en las profundidades del propio océano, por lo que cualquier intento de suposición y de delimitación de una diferencia entre los dos carece de base real.

Las representaciones geofísicas sobre las capas de la estructura de las partes más externas de la corteza terrestre están en neta contradicción con las observaciones de la estructura geológica, por lo que el concepto de *demarcación de Mohorovicic* debe ser revisado. En conclusión, Lees observa que hasta ahora tienden a imponerse las ideas desarrolladas en los años de las primeras creaciones del pensamiento geológico y geofísico. La opinión de la inmutabilidad de los océanos fue aceptada acríticamente y las conclusiones geofísicas influyeron excesivamente en las repre-